

EL PASTOR QUE ESTABA EN BABIA **- Leyenda y vida del pastor -**

Por Florentino-Agustín Díez

Publicamos hoy en TIERRAS DE LEÓN una nueva colaboración de Florentino-Agustín Díez, sobre tema tan de su agrado como el del pastor, personaje tan importante en nuestras montañas y tierras de la Provincia. Fue también el tema de su disertación en las "Jornadas Babianas" del verano de 1985. Florentino-Agustín, siempre fiel a su condición de "Pastor Mayor de los Montes de Luna".

I. EL ABOLENGO DIVINO

Los dos oficios más antiguos del mundo, según la historia del género humano que nos transmite la revelación bíblica, fueron los de labrador y pastor, Caín y Abel, hijos de Adán y Eva. Primero y eterno símbolo de la simbiosis biológica de ley universal, inviolable e insustituible, que impone la Naturaleza: el labrador y el pastor, es decir, la Agricultura y la Ganadería, que nunca pueden vivir la una sin la otra.

Adán y Eva, que sepamos, no tenían oficio, a ellos les bastaba con pasarlo bien en el jardín del Paraíso, compendio de todos los bienes y deleites, hasta que un mal día tropezaron con el fruto prohibido... Hizo Caín ofrenda a Yavé de los frutos de la tierra y se la hizo también Abel de los primogénitos de su ganado y agradóse Yavé de Abel y su ofrenda, pero no de Caín y la suya. Y es que el Creador no puede caer en las trampillas que le tienden sus creaturas. La ofrenda de Caín no era escogida ni limpia en la intención. Sí lo era la de Abel, el primer pastor del mundo. Así en él no encuentra solamente su grandeza el origen divino de este oficio, sino también en los sentimientos de quien ofrece al Creador lo mejor de sus bienes y lo hace simplemente, porque, "¡Oh, Yavé, Vos sois quien sois!".

Sin embargo fue un nieto de Caín, Jabel, hijo de Ada "el padre de los que habitan tiendas y pastorean" (*Gen. 4.20*), es decir, el primer gran patriarca de los pastores trashumantes, el primer pastor-señor del mundo. Tienda y pastoreo implican ya trashumancia.

Cuando el Faraón pregunta a los hijos de Jacob, hermanos de José, cuáles son sus ocupaciones, ellos le contestan: "Nosotros, tus siervos, somos pastores —ganaderos— desde nuestra infancia y lo mismo fueron nuestros padres" (*Gen. 47.3.41*). Era ya, vivida y presentida, la sagrada estirpe inacabable del pastor, saga fiel de los siglos.

Invocando los símiles del pastor se complacen, exaltan y enriquecen las letras sagradas y hasta Dios mismo se inviste de condición tan sencilla y humilde. Recordemos el Salmo de Asaf: "Oh, Pastor de Israel! Tú que conduces a José —a sus gentes— como un rebaño, que te sientas sobre los querubines, muéstrate esplendoroso!" (*Salm. 81.2*), o el Salmo de David, que desde su condición de pastor saltó a la de rey —rey-profeta—, pecador y penitente, uno de los personajes más humanos de la Biblia...: "Es Yavé mi pastor, nada me falta. Me hace recostar en verdes prados y me lleva a frescas aguas" (*Sal. 22.1.2*).

A los reyes y sacerdotes se les llamaba "pastores del pueblo". El Mesías es también pastor. Juan recuerda las conmovedoras palabras del Señor: "Yo soy el buen Pastor; el buen pastor da la vida por sus ovejas. Yo soy el buen Pastor y conozco a las mías y las mías me conocen a mí" (*Juan 10.11.15*)... Pero, cuidado con los pastores infieles, como aquellos de Israel "que se apacentaban a sí

mismos”, porque a ellos se dirigiría la dura advertencia de Yavé por boca de su profeta Ezequiel: “No confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no redujisteis a las perdidas” (Ezeq. 34.2.6). La maldición sería inapelable en el trono de Jeremías: “Ay de los pastores que dispersan y dejan perecer las ovejas!”... Se ennoblece la figura del pastor desde los primeros tiempos; se dibuja todo el admirable abolengo de un oficio que tan humilde puede parecer a los hombres de hoy, tecnificados y complejos... Jamás una dignidad humana ha sido mostrada con evocaciones más altas que aquellas que tomaron al pastor como modelo o símbolo. Ni reyes, ni gobernantes, ni magistrados, ni sabios, ni sacerdotes; nadie, entre las más altas jerarquías humanas, ha sido elevado a pedestal tan rico y esplendente como el Pastor.

Se decora con luces nuevas el Alba de Belén, porque acaba de brotar la luz más llena y pura. Suma de misterios. El misterio se hace niño. El villancico canta:

*Qué sueños sueñan, qué sueños,
la Virgen y San José.*

*Los ojos del niño tienen
el sueño de un no sé qué.
Y entre la paz del establo
también sueñan mula y buey.*

*Todo parece soñar
milagros de amanecer.*

*Bajó el misterio a la tierra,
todo mudo y todo entero.*

*María duerme que vela
su corazón muy despierto...*

Vuela un *hosanna* hasta entonces ignorado. Son los pastores los primeros en recibir el singular mensaje. Los primeros a quienes llama el Misterio hecho carne de rosas. Tenían que ser pastores los primeros en recibir el privilegio de presentar al Niño sus ofrendas. Ni los ángeles gozarían de prioridad tan inefable. Estos, antes de volar al cielo, quedarían guardando el rebaño sobre las frescas hierbas de los cerros de Belén, porque los pastores tenían que correr al establo, primera casa de Jesús en la tierra. Tenían que dar el parabién del mundo al Hijo de Dios.

Y cómo no: el Pastor se inscribirá también en número incontable en la nómina azulcelestes de los milagros de María. Pastores son por muchas tierras del orbe católico los que atraen principalmente la mirada, el mensaje y el milagro de María. Recordemos a Aránzazu, a Fátima, a nuestra Virgen del Camino o en nuestras montañas, a Pandorado, a Peña Furada, a la Seita... Los pastores, gentes elementales y sencillas, cuyo oficio es acoger al fuero inviolable de la Naturaleza pura; ellos parecen tentar como a través de un fluido místico, perenne e indescifrable, la presencia divina, la mirada acogedora de la Virgen.

II. PASTORADAS

De la ígnea y sublime escena de Belén brotarían, con raíces profundas en el tiempo y el sentimiento, los “tropos”, las “Pastoradas”. Recordemos algunos versos del *Officium pastorum*, cuyo origen medieval parece indudable, según la crítica literaria:

—“Pastores del ganado
decidnos lo que visteis...
—Vimos que en Belén, señores,
nació la flor de las flores...”

Y qué son las “Pastoradas” que en ondas tan populares e inocentes vuelan por diversos lugares de nuestras tierras leonesas?... Son, se nos dice, ingenuas representaciones dramáticas y populares que han llegado a nuestros días por tradición oral. Se conservan en algunos pueblos de la montaña leonesa y en Extremadura. Su tema es navideño y se desarrolla en tres asuntos principales: el anuncio de los ángeles, el ofrecimiento de los pastores y la adoración de los Reyes Magos. De la comarca de Gordón procede una pastorada muy hermosa, de la que son estos versos:

“Un poco de pan moreno
te ofrece, Niño, un pastor.
Dichosa puede llamarse
la mujer que te acunó.
¡Alerta, alerta, pastores,
alerta, alerta, al momento...
Ya nació el Hijo de Dios,
Ya nació el Manso Cordero.
¡Ea, marchad a Belén,
ea, de prisa, corriendo!...”

III. LA LITERATURA PASTORIL

La idealización del pastor, de la vida pastoril, del campo mismo, renace como si el paso de los siglos no hubiese podido acallar al celeberrimo *Beatus ille* horaciano de la Edad de Oro, primigenia... El prof. Ferreres, en su prólogo a Gaspar Gil Polo en *Diana enamorada*, nos dice que ya en Teócrito y en Virgilio los pastores eran literatos y filósofos en vez de personajes rústicos, y en la interpretación lírica idealizada la ocupación que los pastores tienen es la de hablar siempre del amor, generalmente no correspondido... Son enamorados, tristes y melancólicos. Sienten nostalgia del pasado y buscan en los campos el revivir de la Edad de Oro, “que es el origen primero del tiempo”. Se alaba la aldea y se menosprecia la corte. Pese al artificio, al abuso poético y retórico, en la novela o la poesía pastoriles se exalta la naturaleza con sentimientos directos del paisaje, y el Romanticismo va apuntando ya por esos derroteros literarios.

Siete son los libros de la *Diana* del poeta portugués Jorge de Montemayor, novela pastoril publicada en Valencia en 1558 ó 1559. Ocurren los hechos más importantes “en los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del Esla”... Hubo allí una pastora, llamada Diana, cuya hermosura fue extremada...; quiso y fue querida de un pastor llamado Sileno, pero también a Diana la amó, más que a sí mismo, otro pastor llamado Silvano. Entre pastores andaba el juego y el duende del amor... y el drama. Tantos tirones, tantos flechazos de Cupido llevaron a Diana a casarse con un tercer pastor, Delio, dejando en el olvido al que tanto había querido, a Sileno, su primero y gran amor...

*

Recordemos. Ya se ha echado a morir Don Quijote, el Caballero a quien casi únicamente respetaron de verdad y acogieron con amor unos cabreros. Se ha echado a morir y entonces está a punto de volverle el juicio. No ya más aventuras caballerescas, donde quería prender el guión de sus más altos ideales, que nadie sería capaz de comprender. Ya quiere únicamente ser pastor, el *Pastor Quijotíz*. Quiere tan solo la dulce aventura del campo, de las humildes ovejas fieles, de las hermosas flores. Más que encantadas Amarilis, Dianas, Galateas y Belisardas, prefiere sencillas y amantes Anas y Franciscas, Lucías y Teresinas, hijas del campo a las que él cantará nuevos y muy sinceros amores... Y no caer, no, en la tentación de Crisóstomo de amar a una tan desamorada pastora como Marcela...

El sueño de la aventura pastoril se lo arrebató a Don Quijote el juicio que de nuevo y ya para morir vino a asentarse en su mente y en su conciencia... Pero es hermoso pensar que el último ideal del gran Caballero fue el de ser pastor.

IV. EN LA LIRICA POPULAR PRIMITIVA Y TRADICIONAL

Va en ella el pastor protagonizando coplas, canciones y romances:

“Aquel pastorcico, madre,
que no viene,
algo tiene en el campo
que le duele”...

Le duele la ausencia, la soledad, la melancolía del amor lejano. Nadie como el pastor serrano pudiera con más vocación decir aquellos versos de la soñada predestinación final, porque el pastor nace, vive y muere o morir quiere en la sierra, entre los pastos altos de la serranía immaculada:

“Soledad tengo de ti,
tierra mía do nací.
Si muriese sin ventura
sepúltenme en alta sierra
porque no extrañe la tierra
mi cuerpo en la sepultura;
y en sierra de grande altura
por ver siempre desde allí
las tierras a do nací...”

Y es que para el pastor, tan sencillo y tan rural, la montaña tiene una sugestión casi mística, él siente el respiro de la montaña, él sabe que la montaña tiene alma, que la montaña habla a las almas.

Como en Berceo

“Sobre todas las tierras mejor es la montanna;
de vacas e ovejas, non ha tierra tan manna...”

El Arcipreste de Hita y el Marqués de Santillana sabían mucho de lozanas pastoras, que buscaban o entrevían a veces como chivos lascivos o como hambrientos de fuertes amores cumplidos. Cantaba el Marqués en fiebres de amor por una linda pastora. Ya recordáis la famosa *serranilla*

“En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graciosa
que apenas creyera
que fuera vaquera
de la Finojosa...”

Vaquera babiana la viera otro poeta más nuestro cuando con su *dezir* le decía:

*Babiana de Peñaubina,
de Piedrafita o de Huergas,
quién siempre estuviera en Babia
al mandar de una vaquera...*

*Tú caminabas al prado
con seis vacas mantequeras
y yo temblando de amores
te cucaba tras las cercas...*

V. ESTANTES Y TRASHUMANTES

Pero bajemos del cerro y los pastos líricos que tanto frecuentaron los poetas de todos los tiempos para hablar un poco de esos pastores tan familiares en nuestras montañas, y de modo especial en las Babias. Hablemos del pastor estante y del trashumante.

Hasta no hace muchas décadas todos los vecinos de estos pueblos eran ganaderos, un poco labradores y un mucho pastores; incluso el cura, el maestro y el médico que contaban, al menos, con una caballería, una vaca lechera y unos prados, y si el médico, el cura y el maestro no ejercían de pastores sí conocían bien el oficio de pastor y todas sus implicaciones de aldea, de concejo y de familia. Todos los demás conocían y practicaban tan saludable y benemérito oficio, sobre todo cuando les tocaba el *corrido* o *corriu* de la vecera o cuando algunos de sus ganados no entraban en vecera y cada cual tenía que pastorear los suyos. Esto no impedía que los pueblos contratasen pastores por año o temporada para conducir y cuidar la vecera de sus ganados vacunos, ovejunos y cabríos. Estos tales vecinos-pastores y ganaderos eran los llamados “estantes”, los realmente propios, los de los diestros, los cotos, las veredas, las buerizas, las devesas y los entrepanes; en suma, los de los comunales aprovechamientos, que administraba el concejo y contaban con prudentes y oportunos capítulos en las Ordenanzas o libros de pueblo que cada concejo se daba a sí mismo.

En la montaña, aquí en Babia, no existían ni existen grandes propietarios ni fincas demasiado extensas. En ningún caso llegan al latifundio, y siempre los más ricos, los que por “ricos” sobresalen un poco, son excepción. El latifundio, si así puede considerarse, estaba y está en los montes o términos de “propios” o en los de aprovechamiento comunal. Alguna otra excepción de grandes propietarios pudiera hallarse en ganaderías trashumantes, bovinas o lanares, aunque estas haciendas importantes eran y son casi siempre de propietarios forasteros.

Aquí, sí, los ganados estantes, fijos, de invierno y de verano, se reducían a cuantías de 5 a 18 ó 20 vacas, 20 ó 30 ovejas y cabras, un caballo o una yegua de vientre, algunas gallinas y dos cerdos de ceba para el samartino. Esto constituía hace unas décadas la hacienda ganadera, estante, de cada familia, datos que ahora habría que actualizar con bastante efecto revisionista y caída casi vertical de índices.

Se reunían los ganados del pueblo en lugares acostumbrados, separados por clases y se formaban los rebaños, piaras o veceras, cada una al cuidado de su pastor o su pastor y zagal, nombrados por turno o velanda entre los vecinos, llamados "veceros", salvo si el pastor era contratado por año o temporada. En tal caso, cada familia u hogar pondría por turno al zagal, si era necesario, y prestaría diariamente alimento y cama al pastoren proporción al ganado de cada casa, según las medidas y previsiones consignadas puntualmente en las Ordenanzas. Cada clase de ganado tenía, pues, su vecera y su régimen de vecera.

Una de vacas de leche y trabajo, para la que se reservaba el coto boyal o la bueriza, coto de pastos cercano al pueblo; otra de vacas estériles o *manías*, un poco más alejada en el pastoreo; otra de novillos de año o maguetos, llamados también "moseos"; otra de ganado lanar, que se movía por las laderas bajas o medias de los montes, otra de cabras, que ramoneaba más arriba; solía haber vecera de caballerías, y, en tiempos, era corriente también la vecera de marranos... Ya se comprende que las más normales e importantes eran las del ganado vacuno, el lanar y el cabrío.

Dice alguna ordenanza, como la de Abelgas: "Que todo ganado que salga fuera esté sujeto a vecera" y que "nunca haya ganado sin pastor" Preceptos que se repiten en casi todas las ordenanzas de pueblo. Y en las antiguas de Mena, se lee: "Item, que se forme vecera de vacas todos los años por la primavera luego que el tiempo lo permita y el Rgt.º y Vecinos lo determinen, la que habrá de subsistir hasta que la nieve lo permita"

Y el vecino morador que tenga una vaca guarde la vecera "un camino sí y dos no"; el que tenga dos "un tenido sí y otro no"; el que tenga tres hasta seis, todos los "tenidos", y de seis a doce, todos los "tenidos" dos veces, y de doce a dieciocho o más tres días "todos los caminos"... Estos turnos, estas obligaciones de guarda de la vecera, se llamaban antiguamente en Babia y en Laciaña "un corriu sí y a outro non", "outro" o los que fueren, según el ritmo y proporción a que esos turnos se ajustaban.

Y que haya también —se decía en la misma ordenanza— vecera de vacas "manías", de jatos "moseos", y aun de tenrales como se lee en las de Salce y que "cada res de cada casa lleve cencerro" como se lee en las de Omañón.

Había un capítulo de exenciones como vemos en las Ordenanzas de Abelgas y otros pueblos de la montaña: "Se advierte que el caballo de silla del párroco, un caballo padre, los toros electos para la cubrición de vacas y un verrón, como también las dos reses que se le conceden al que tiene perro —mastín guardián, se entiende— son libres de vecera", turno o "corriu" en la guarda.

En alguna ordenanza como la de Mataluenga (y la declaración se repite, más o menos, en otras muchas de estas comarcas) véase cómo se exige que el pastor sea "suficiente": "Otro sí ordenamos y mandamos que el dicho vecero —o pastor— aunque tenga los dieciséis años ha de ser suficiente y no bobo, manco ni tullido", a fin de que haga la guarda cabalmente, defendiendo al ganado contra toda agresión o daño, incluso del lobo, y dando cuenta puntual de cuanto de anómalo ocurra en el rebaño, ... "y que no sea osado en darles palos a las reses ni pedradas, porque si sucediese a algún vecero de alguna pedrada o palo mancar o perniquebrar alguna res la pague por su tasación perdiendo el dueño la cuarta parte"...

Era la sabiduría popular —la menuda sabiduría que nos conmueve, diríamos con Borges—, que estaba en la vida de estos pueblos, en la letra o la palabra precisa y paladina de los concejos





y las reglas del común, en el uso y la costumbre, en la experiencia, en fin, que guardaban, sobre todo, las memorias de los ancianos. En tiempo con menos prisas, nervios y confusiones que el nuestro era aquel tiempo que en torno al pastor evocamos; un tiempo que parecía no tenerlo y guardaba, sin embargo, todo un mundo de firmes valores que solamente pudo destruir este que ahora nos presiona, una cultura que quebranta con heridas de muerte otra cultura más elemental, pero más natural también.

*

Pero había en estas montañas otros pastores y otros ganados, que tantísima presencia e influencia tuvieron en la vida, las costumbres, las actividades de sus gentes. Eran eso que llamamos "orden de la trashumancia"... Los tiempos del Honrado Concejo de la Mesta, unos tiempos que con otros condicionamientos, pero con la misma médula y sustancia, llegan a nuestros días. Nos habla de ellos Enrique Gil y Carrasco en su *Pastor trashumante*. La admiración que inspiran al poeta berciano *los montañeses de León* es mucha y más cuando habla de los babianos: "Yo no he visto en ninguna parte —dice— tanto rigor y delicadeza a un tiempo ni en mujeres pastoras y del campo tal transparencia de tez, ni tan exquisitas proporciones. Los hombres en general y en especial casi todos los babianos serían excelentes modelos de Academia"... Y a tan señaladas prendas físicas se unían las morales y sociales: creencias arraigadas en la tradición, gran finura de trato y relación, despierta inteligencia natural, buen humor y muy práctica filosofía de las conductas y las sanas convivencias...

De hombres de tan admirable vitola humana surgiría el verdadero arquetipo del pastor trashumante, tan frecuentemente investido de la condición de hidalguía notoria, registrada en los padrones de Estados de los concejos. Conocemos un pueblecito adorable del antiguo concejo de Luna de Yuso, Piedrasecha, que en tiempos del Marqués de la Ensenada —mitad del S. XVIII— contaba con nueve vecinos y todos eran pastores trashumantes e hidalgos. El curioso fenómeno se repetía por nuestras comarcas de la montaña leonesa.

"Ninguna reliquia más venerable queda en nuestra España de la vida nómada —escribe Gil y Carrasco— que la trashumancia periódica de los rebaños merinos"; aquellos que desde Extremadura subían a los puertos babianos, de Luna o de Omaña y Laciana, avanzada la primavera, pertenecientes a títulos de la alta nobleza extremeña: Conde de la Oliva, Marqués de Campos de Orellana, etcétera, y en algún caso a importantes ganaderos leoneses como los Hidalgos de Sena. Vacadas, también grandes vacadas trashumantes, fueron las de Sierra-Pambley, de vacas rubias portuguesas, que contaban con puerto en términos de Pinos, o la de Pisán de San Félix de Arce. Jovellanos, en sus *Viajes* —Asturias-León, 1792— al hablar de Babia informa que en sus montañas se apacentaban por el veranos sobre trescientas mil cabezas de ganado merino, cabañas pertenecientes a los Monasterios del Paular, Guadalupe, El Escorial, a los Albas de Salamanca, al Hospital de Segovia, etc. Contaban con *roperías* en Truébano (El Paular), Quintanilla (El Escorial), Infantado (Torrestío), etc. Cabe deducir de algunos datos que esa enorme y multicabaña lanar abarcaría también la que pastaba en puertos de comarcas próximas. El Monasterio de S. Isidoro de León tuvo puertos en Pinos, y seguramente hubo cabaña ganadera por estas montañas de algunas Ordenes militares como la de Santiago, Alcántara...

Al frente del rebaño merino el pastor trashumante es —exclama Gil y Carrasco— "uno de los destellos más vivos de originalidad que brotan de este pueblo —babiano—, poético y pintoresco"... "Hijo de las montañas de León, Segovia o Soria, trasladado desde allí a los campos abundosos y feraces de Extremadura, sin más cuidados que los de su dócil rebaño, —el pastor trashumante—, robusto y vigoroso, apenas encuentra a quien parecerse"... Es ciertamente un personaje singular, de

singular pergeño, hirsuto, seguro y lento; chambergo aldudo o gorra de pelo y doble orejera, zamorra de piel de oveja o pellica, zajones de cuero, abarcas o borceguíes claveteados, zurrón y cayado o porraco; muy rural y muy señor. Es el Pastor-Señor...

El, hijo de la montaña, conoce como la palma de su mano los puertos de la trashumancia, los filos de las cumbres donde el corzo señorea el paisaje, la placidez de los altos valles profundos, el tesoro de las *fontes-fridas*, la ternura acogedora o el genio crispado de la Naturaleza... Conoce de igual modo, porque las cruza todas las primaveras y todos los otoños, las Extremaduras del olivar y el encinar, el alcornoque, el brezo y el madroño...; las altas comarcas de Fregenal de la Sierra, la Tierra de Barros... Y sabe que un día, no demasiado lejano, la Real Dehesa de la Serena, cuenca del Zújar, perteneció a los Caballeros de Alcántara, que mantenían en ella cien mil cabezas merinas y recibían pleito-homenaje de dieciocho grandes villas... Sabe, en fin, que el río Guadiana, "calmo y señorial" —que diría Llovet— va regenerando los pastizales de Don Benito, Medellín, Mérida, Badajoz, Olivenza y Villarreal... y conoce otros campos más de la Extremadura leonesa por Plasencia, por Trujillo. Allí por donde los hidalgos de la tierra o de la conquista de las Américas alzan sus casas solares, decoradas con piedras de armas donde luce la cabeza de un toro, de un carnero, de un caballo... Y sabe bien, el Pastor trashumante, cómo ha de seguirse, al subir o al bajar, la ruta forera o mesteña del Canal de la Plata, con sus fantasmas al lado; cómo, en fin, por toda esa geografía lineal, casi mítica, de las cañadas reales y los cordeles punteros... el pastor rubrica su señorío y su leyenda. Y siempre, nuestro pastor trashumante, enhiesto, desvelado, más a pata que a caballo, acompasando el formidable compás de su vida peregrinante entre las Extremaduras y las Babias... Otros irán a los puertos de Riaño o Burón o la Tierra de la Reina, otros, en fin, amajadarán entre los sierros bravos de Luna, la legendaria.

En todas estas grandes ganaderías de la trashumancia había, hay, un *principal*, que es el dueño que apenas manda, porque el gobierno y administración de los rebaños está en manos de un *Mayoral*, que es, en frase de Gil y Carrasco, una especie de "general en jefe" de los rebaños que pertenecen a un mismo dueño. Al cuidado del mayoral está el arriendo de las hierbas o la administración de la dehesa propia, los salarios de los pastores, la fijación de las épocas o fechas de "marcha" y otras muchas atenciones que las ganaderías exigen... Siguele el *Sotomayoral*, su gran auxiliar y delegado... Estos son los altos mandos de la cabaña que se reparte o divide en varios rebaños, cada uno compuesto, desde arriba a abajo, de *rabadán*, que es el jefe, del *compañero* del rabadán, que lo reemplaza en casos de ausencia, enfermedad, etc. Siguen otros auxiliares como el *ayudante*, el *persona*, guardián del atajo temprano, y los *zagales* que en los fueros extremeños —de Cáceres, de Usagre...— se llaman *ovejericos*, encargados de guardar las corderas del año anterior, traer el agua, hacer la comida y cumplir los recados de los demás... Había un "ropero", u hombre de la despensa, encargado de los suministros, del *cundido* que llaman los pastores a la grasa, la sal y el pimiento que les da el principal para aderezar las comidas... Pero acompañando a este personal del rebaño, cuyo ascenso se producía por riguroso orden de antigüedad y méritos, iban con frecuencia los llamados *Escoteros*, improvisados trashumantes que buscaban un trabajo para poder ayudarse a subsistir en el invierno. (V. Gil y Carrasco, *ibid*; L. M. Díez, *Relato de Babia*, según la información de Benigno, "El Mayoral" de Torre).

Se va apretando y estirando el formidable movimiento del rebaño camino de los puertos o en regreso. Seguirá las cañadas y cordeles rigurosamente, secularmente señalados, con raíz histórica en La Mesta —S. XIII— y aún más allá. El omnímodo poder de la Mesta para velar y defender con jurisdicción propia estas veredas de la trashumancia, delegaba autoridad en los Alcaldes Mayores Entregadores de Mestas. Uno de éstos tuvo su asentamiento y audiencia en Riolago de Babia. Más de doscientos juicios juzgó contra presuntos abusos de concejos y ganaderos estantes de Lacia y Ba-

bia. Ganó la Mesta en primera instancia, pero los castigados recurrieron al rey, que era Felipe II, y el Alcalde Mayor Entregador de Riologo vio revocados sus fallos y condenado a fuertes sumas de ducados. Así consta documentalmente en el archivo concejil de Laciána.

“Cualquiera de esos caminos, cañadas y cordeles —recuerda Gil y Carrasco— ofrece por los meses de abril y mayo —un poco más acá— escenas muy animadas y movimiento continuo. Una nube de polvo y el son de los cencerros que desde muy lejos comienza a oírse, anuncian la llegada de las merinas y a poco rato suele presentarse el rabadán —o pastor mayor— de los moruecos o carneros padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos que con el cebo del pan que de sus manos reciben, apenas se apartan de él, y enseguida desfila todo el rebaño con dos pastores a retaguardia acompañados de los perros. Pasan después y con el mismo orden los hatos de ovejas y por último las yeguas *faleras* o *hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios de cocina, con sus potros que correteaban a la orilla del camino, algún pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje montado sobre la carga y alguna res por haberse desgraciado en la marcha, colgada...”... “Aquellos hombres —sigue evocando el poeta villafraquiniano— que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia a otra, recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas o las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura”.

En la cabaña del *principal* y la interesante jerarquía de los hombres del rebaño, amén del salario, se contaba con el beneficio o participación de la *Escusa*, porción de cabezas que a cada pastor se le permite tener juntamente con las del mismo rebaño. La *escusa* comprendía no sólo ovejas sino yeguas... Estos bienes reservados al pastor según su jerarquía podían quedar por suyos sin limitación o reserva, pero en algunos casos el amo del rebaño se quedaba o queda con el *esquilmo* y dejaba al pastor la cría. Esto es lo que se llama “lana por costo”. En la *escusa*, como participación del pastor en la empresa ganadera, amén de una normativa de mejoras en la condición del pastor: cabañas confortables en los puntos fijos de la alternancia trashumante, medios recreativos y de cultura, régimen de permisos, revisión del tratamiento salarial y de la propia *escusa*, etc. Cabría justificar un régimen, que tanto ya se requiere, para cubrir en lo económico y en lo social del modo más perfecto y racional posible este tipo de actividades o profesiones, necesarias, insustituibles.

*

Juan Menéndez Pidal en su *Cantiga serrana* evoca con gran sabor la vida del pastor, la soledad que le envuelve, las añoranzas familiares, el rumoroso movimiento del rebaño cuando sube a los puertos o baja a la Extremadura:

Ya recordáis el estribillo famoso:

“Ya se van los pastores
a Extremadura...”

“Por el árido lomo —de la montaña—
una gigante sombra
lenta resbala...
Es que el cordal sinuoso
vienen siguiendo
pastores que trashuman
pastores y rebaños

de aquellos puertos;
pasan y pasan
como una sombra triste
por la montaña...”

“Ya la niebla hace trono
de Picos Albos,
ya el lobo en la Congosta
lúgubre aúlla...;
*ya se van los pastores
a Extremadura...*

*

“Puerto de Penubiña,
fértil y abrupto,
yermas están tus chozas,
tus campos mudos...
Bramando los torrentes
bajan del monte;
nieblas del hondo valle
suben veloces;
frío sol entre nubes
la sierra alumbra...
*Ya se queda la sierra
triste y oscura...*

Pero a la tristura y melancolía de la marcha otoñal sucederá en la trashumancia el gozo de toda una primavera peregrina hacia los puertos. Un hervor vital lo envuelve todo. “Mañanitas desveladas — pasa el rebaño merino — Despiértanse las aldeas — con más humo y mejor brillo — todas de ventana en flor — y rosas en los corpiños”... Menéndez Pidal canta a los rebaños que vienen:

“Rebaños rumorosos
que emigran, vienen
por entre agudos riscos
y prados verdes.
Los mansos, con los sonos
de sus cencerros,
guiando la cabaña
van delanteros...
Sobre recia y ventruda
yegua cuatralba,
entre mantas y enseres
puesto a horcajadas,
el rabadán canoso
marcha, cubierto

con la de doble oreja
gorra de pelo.
Y dos fieros mastines
de piel hirsuta
armados con cariancas
de férreas puntas
siguenle como hastiados
de ir de camino,
culebreando el cuerpo,
medio dormidos...

*

Vendrá tras el invierno
la primavera,
y otra vez los pastores
a la alta sierra;
pero mientras no vuelven
con sus rebaños,
*más de cuatro zagalas
quedan llorando..."*

*

Ya brillan tenues las luces del crepúsculo. Va careando el rebaño hacia la majada. Lo carean los mastines y los silbos del pastor. El cielo se abaja y la Naturaleza, como una madre amorosa, va acogiendo silenciosamente en sus brazos plegados al pastor, al mastín y al rebaño. La noche llama a las puertas del chozo con un débil murmullo y el pastor se recoge. Las patatas, condimentadas con sebo y pimentón, comienzan a rebullir en el pote. Acaso las casemente con leche. En la soledad de los altos puertos, en lontananza, aúlla el lobo temerosamente y la noche se espesa más. Recordará el pastor aquel bello romance de la loba parda, que tanto y tan bien gustaba recitar Alejandro Casona; recordará cantando en semitono:

"Estando yo en la mi choza
pintando la mi cayada,
las cabrillas altas iban
y la luna rebajada.
Mal barruntan las ovejas,
no paran en la majada.
Vide venir siete lobos
por una oscura cañada.
Venían echando suertes
cuál entrará en la majada...
...¡Aquí mis siete cachorros,
aquí perra trujillana,
aquí perro el de los hierros
a correr la loba parda...!"

La noche es para dormir y el pastor, los pastores, dormirán su noche, que será breve. Los mastines montarán su estrategia. Allá en una punta, no lejos de la majada, monta su guardia la mastina madre, la vieja perra trujillana, la que sabe bien por dónde querrán los lobos entrar a la majada a cometer sus hurtos de sangre. En otros puntos del círculo de la majada montarán su vigilia los demás perros, los de los hierros. Todos permanecerán alertados y atentos al latido feroz de la mastina madre si la agresión se acerca. Todos los perros, sí, se avisparán en la vela, muy despiertos. El pastor duerme, pero sus mastines vigilan. Cuando lleguen las del alba y el chozo suelte sus primeros humos ya los perros sabrán que el pastor ha despertado y le ha llegado la hora del relevo. Entonces los mastines tomarán su almuerzo sin gran avidez, porque hasta el hambre del mastín es solemne, y luego se echarán a dormir... La noche ha sido vencida. Los peligros conjurados... El rebaño, feliz e intacto, comienza a abrir lentamente su grandioso abanico por la montaña, derramándose entre las hondas resonancias de los zumbos o las chuecas.

*

EL PASTOR QUE ESTABA EN BABIA

“Estar en Babia”, éste es el tópico casi universal. Estar en Babia es tanto como estar “huído”, ausente, alelado. Estar en Babia es estar en el limbo. Pero cuando se dice aquí, en Babia, el tópico es otra cosa. Hay dos versiones de lo que no es ni tópico ni leyenda. Una, aquella que dice: “El rey está en Babia”. Y no, no es leyenda eso de que los cortesanos, al que por el rey preguntaba le respondían: “Su Majestad está en Babia”. No es leyenda, porque, en efecto, el rey “estaba en Babia”. Don Fernando II, el de León, un gran Rey muy concejero y muy repoblador, en 1169, estando en Babia, otorga el Fuero de Rabanal del Camino. En él se dice: “Carta facta in Baabia”... Y el rey, estando en Babia, no solamente lo pasaría bien cazando o haciendo el amor a alguna garrida moza babiana, sino que ejercía actos de gobierno y jurisdicción, legislabá... Otra versión del “estar en Babia” es la que defiende con buenas razones el eminente profesor De Rabanal, de la Universidad compostelana, nuestro familiar “Manocho”, que aunque nacido en La Magdalena de Canales, en Quintanilla de Babia tuvo sus maternas raíces. Es la versión del pastor que “estaba en Babia” que en un romance traduce y recoge Luis Mateo en su *Relato de Babia*, y que dice:

“Cuando la noche se abaja
toda en su manto guarnida
ya se avivan en el chozo
brasas de melancolía;
ya está la majada quieta,
tan ordenada y cumplida,
ya señorea la luna
sobre la tierra enganida.

El pastor ovejerico
es un puño en su pellica.
Ladra el mastín en el cerro,
runrunean las esquilas,
la noche, toda, se encalma
con las estrellas furtivas.

Ay, el mi pastor galano
que en vez de cantar suspira.
Cómo le vienen y arañan
visiones de lejanía,
recuerdos de tierra luenga,
ecos de las sierras frías,
y un dulce clamor que hiere
en el alma estremecida.

Ya está en el chozo la Babia,
siempre llevada y traída,
tan lejana, tan lejana,
y en el corazón metida.

El ovejerico sueña
de la su novia caricias,
y sueña de la su madre
carantoñas y natillas,
sueña también la su torre
con las cigüeñas henchidas
y el repicar de campanas
en la fiesta de la ermita.

Ay, dehesas de Extremadura,
rebaños de lana fina,
mastines que están de guardia,
buitres de sagaz pupila
que siempre van al acecho
de la oveja mal herida,
y órdenes del rabadán,
dominando la vigilia
de la noche y la majada
que en el cerro se cobija.

Todo se aduerme careado
en su paz y en su medida;
únicamente el pastor
no duerme, que sueña, herida
la rosa de los recuerdos
de la su aldea querida.

Ay, pastor que estás en Babia,
ay, noche, qué mal abrigas
los decires sin palabras,
las añoranzas no escritas

del pastor que está en su chozo
como un puño en su pellica,
siempre clavado en su Babia,
tan bien llevada y traída.”